

La Academia de los Libros, de Luis Bardón

Decir Bardón, Luis Bardón, es decir libros, antiguos, no buenos, sino muy buenos, quizá los mejores. En el mundo de la bibliografía estos sinónimos son la cartilla de quienes saben de qué va la gramática de la bibliofilia y si alguien tiene que recibir (todavía) algunas clases que se acerque a la Plaza de San Martín, que en una de sus esquinas está abierta la Academia de los Libros, con mayúsculas. Patriarca silencioso de los libreros españoles de antiguo, su apellido es una garantía de marca, un salvoconducto para entrever y soñar con las mejores piezas, con los ejemplares más indómitos; Luis, para quien tiene la franquicia de poder tratarle por su nombre, lleva más de medio siglo de biografía acompañado de muchos de los libros (y de los manuscritos) que han cambiado un panorama erudito que se creía bien establecido, a falta, claro está, de esa edición desconocida que sólo sus manos han tenido el privilegio de acariciar. No tolera, y con razones sobradas, la incompetencia de un neófito que apenas sabe dónde andan las variantes de una lámina o de una portada y tiene la serenidad de permanecer (casi) inmutable ante la portada impoluta de un incunable de raza; su inconfundible caligrafía, con sus críplicas signaturas en la primera página de guarda de los libros que han tenido la fortuna de pertenecerle, es el aval de una genealogía de prosapia, de la que disfrutaban sin alharacas los que poseen volúmenes de su librería. Su Partenón de los Libros luce una de las arquitecturas más envidiadas de la profesión y posar los ojos en las organizadas columnas de ese templo es un placer por el que jamás ha cobrado un euro a los despistados que traspasan la puerta de las maravillas; asombra encontrarse, de repente, con la biblioteca soñada, cuyo callado resplandor embarga los sueños de cualquier damnificado por los libros antiguos. Escritas estas merecidas palabras de salutación y acabados los fastos cervantinos oficiales, de los que dicho al paso nadie se acuerda ya, voy a dar noticia de algunos catálogos de la marca Bardón, con el nombre de Don Miguel de Cervantes y Saavedra en la lejanía, porque el estío anda muy reacio a novedades que merezcan pasar al papel impreso.

El año pasado, en nombre de Cervantes, Luis Bardón ya publicó un catálogo de campanillas: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. IV Centenario 1605-2005* [Madrid: Luis Bardón, diciembre de 2004; 4^o marquilla, 153 pp.+1 h., ilus. en color], la severa cubierta en tela sajona negra con un gofrado áureo de Don Quijote y Sancho daba paso a unas palabras de presentación de Arturo Pérez-Reverte ("Hay catálogos y catálogos...", empezaban) y del propio Luis Bardón Mesa ("Este sencillito catálogo...", empezaban también), para toparse con el primer libro, el doble-

te del Quijote de Bruselas, Roger Velpius, 1607, "Primera parte", y Bruselas, Huberto Antonio, 1616, "Segunda parte"; y así hasta 155 piezas de tronío y enjundia cervantina, con reproducción impecable de todas las portadas y rigurosas descripciones bibliográficas. Fue el catálogo del tema en el 2005, que podemos completar con otro de Susana Bardón, otra librera de postín que merecerá un retrato aparte algún día como siga publicando esos catálogos que (me) entran por el alma, el titulado *El Ingenioso Hidalgo y mucho más...* Un largo recorrido por la literatura cervantina [Madrid: Susana Bardón. Estudio Bibliográfico, 2005; 8^o marquilla, 205 pp., ilus. en color], con 1.101 referencias, ilustraciones y sorpresas. Sin la menor duda, Luis y Susana hicieron felices a más de 1.200 afortunados poseedores. Háganse, de verdad, con ambos catálogos, que también son libros, y que añorarán pasados unos años; pero para este 2006 Luis Bardón tenía preparado otro sortilegio cervantino.

Acabado de imprimir el día 23 de abril como reza el colofón: "coincidiendo además —por azar— con el sesenta aniversario de la publicación del primer catálogo de esta casa" y cuya histórica portada protege el texto, nos ha regalado (etimológicamente) un catálogo sin adjetivos: *Locura por los libros. Cervantes lector* [Madrid: Luis Bardón (Catálogo, 185), 2006; 4^o marquilla, s/p.]. La muda cartulina negra de cubierta viene envuelta por una camisa de cartulina de un blanco inmaculado, que sólo ostenta en el recto un grabado con enmarque en seco de una de las piezas del catálogo, nada menos que la portada del *Primaleón de Venecia*, Iuan Antonio de Nicolini de Sabio, 1534. Los 115 libros que se ofrecen están organizados en 12 secciones, como si se tratara de un año bibliográfico con sus meses: "Libros de caballerías. Literatura histórica", "Clásicos griegos y latinos", "Poesía heroica", "Novela pastoril. Literatura amorosa", "Novela picaresca. Celestina", "Poesía (Siglo de Oro español)", "Medicina e Historia natural", "Disciplina militar", "Misticismo", "Peremiología", "Prosa" y "Derecho". Ahí están la mayoría de las obras que leyó o conoció el alcaláino y que justifica el título del catálogo, porque una sola cosa está clara entre los muchos enigmas literarios de Cervantes: para escribir lo que nos dejó escrito, tuvo que leer, y leer mucho a lo largo del tiempo; otra cuestión nada clara es cuándo y dónde o qué libros compraba y qué libros poseía; pero es absolutamente tentador recibir un catálogo donde uno puede adquirir más de una centena de obras que sustentan el esqueleto cultural de Miguel de Cervantes y tener a las manos esa biblioteca, ahora real, de la que el Hidalgo Alonso Quijano declaraba que era "el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida". Quizá no fuera del todo ver-